



ORDO FRATRUM
MINORUM

Isabel de Francia

una hermana
menor tras
los pasos
de San Francisco

Fr. Massimo Fusarelli, OFM
Ministro general
Roma 2025

Un centenario en los centenarios franciscanos

En el año 2025 se celebrará el octavo centenario del nacimiento de Isabel de Francia (1225-2025), princesa perteneciente a una de las familias de sangre real más influyentes en la historia de la cristiandad, la de los Capetos, que eligió conscientemente y con determinación el camino de “la altísima humildad”¹, siguiendo el ejemplo de la Virgen María. Gracias a estudios recientes, Isabel emerge como una figura elocuente y significativa de la historia femenina y de la santidad franciscana del medioevo. Mujer piadosa e intensamente caritativa, se revistió con las perlas de la honestidad, la sabiduría en la interpretación, la moderación en el poder y la previsión en la abundancia.² Hermana menor de Luis IX, santo terciario franciscano, permaneció a la sombra de la santidad de su hermano durante casi tres siglos después de su muerte, a pesar de que ya había gozado de una amplia fama de santidad durante su vida: no fue hasta 1521 cuando León X la contó entre los santos, con el título de beata.

El octavo centenario de su nacimiento enriquece la celebración de los centenarios franciscanos que estamos conmemorando, pues el redescubrimiento de aspectos menos conocidos de su vida y su fe, apenas revelados en las últimas décadas, tiñe de nuevos matices la herencia franciscana de los primeros siglos. Su valor reside, de hecho, en la recepción de los ideales franciscanos por parte de esta mujer, de origen real, que, sin “dejar el mundo” para pertenecer a la Segunda Orden como Inés de Praga, y diferenciándose del modelo penitencial de Isabel de Hungría, supo “arder devotamente en Cristo”³, dando vida a una realidad inédita, la de la Orden de las *Sorores minores inclusae*. Insertándose plenamente en los primeros pasos del franciscanismo femenino, Isabel de Francia aporta una visión y una recepción libre, consciente, dinámica y razonada del franciscanismo; un deseo de seguir a Cristo y de hacerse instrumento de su gracia permaneciendo “con modestia”⁴ en su mismo estado de vida, el de la realeza, abrazando los valores de Francisco de Asís; una capacidad para dialogar con el mundo de la Orden franciscana masculina y con la Curia papal hasta obtener la aprobación de una nueva Regla que engloba la comprensión de la espiritualidad mendicante franciscana, que luego se extendió por toda Europa a través de los monasterios que la abrazaron.

¹ ALEJANDRO IV, *Benedicata filia tu*, Anagni, 12 de junio de 1256. Todas las fuentes relativas a la beata Isabel se han publicado en el volumen *Isabelle de France soeur de saint Louis. Une princesse mineure*, par Jacques Dalarun, Sean L. Field, Jean-Baptiste Lebigue, et Anne-Françoise Leurquin-Labie avec la collaboration d’Annie Dufour, Fabien Guilloux, Xavier Hélary et Dominique Poiriel, París, Éditions Franciscaines, 2014. Traducción al italiano de *Isabel de Francia, hermana de San Luis. Fonti e documenti sulla fondatrice delle Sorelle minori*, editado por Jacques Dalarun, Sean L. Field, Marco Bartoli, Padua, Editrici Francescane, 2023.

² Cf. GILBERT DE TOURNAI, *Carta a Dama Isabel*, 1253-1255, n. 41.

³ INOCENCIO IV, *Sanctae virginitatis propositum*, Asís, 22 de julio de 1253.

⁴ Cf. GILBERT DE TOURNAI, *Carta a Dama Isabel*, 1253-1255, n. 40.



Isabel y su camino de vida

La Vida de Isabel, escrita trece años después de su muerte con una narrativa apasionada por una mujer íntimamente cercana a ella, Inés de Harcourt, su dama de compañía y posteriormente abadesa del monasterio fundado por la princesa en Longchamp, nos permite acceder, con las debidas precauciones que se deben tener ante textos hagiográficos, a su trayectoria histórica, a los rasgos de su personalidad y a algunos elementos de su camino de fe.

Quinta de los seis hijos de Luis VIII y Blanca de Castilla, Elizabeth, conocida como Isabel, nació en marzo de 1225. A lo largo de los años, los acontecimientos de la dinastía capeta estuvieron marcados por la muerte prematura de Luis VIII y la acción política y el gobierno de sus dos hijos, Luis IX y Carlos de Anjou, más tarde rey de Sicilia.

Bella en toda su persona, clara en sus afectos, culta y erudita, especialmente en el conocimiento de la lengua latina y de la Sagrada Escritura, amante desde niña de la intimidad y el silencio, experta en hilar y bordar incluso ornamentos sagrados como era propio de la nobleza de la época, Isabel cultivó el amor por la oración, la vida interior, el ascetismo y la austeridad de vida, se preocupó más por “destruir el pecado e imprimir la virtud en sí misma y en los demás”⁵ que por asistir a las fiestas de la corte. De hecho, aunque la reina Blanca le había inculcado no sólo los principios de la vida cristiana y la solidaridad con los pobres, sino también el sueño de un futuro similar al suyo, el de esposa real y madre cristiana, Isabel no dudó en mostrar otros deseos e intenciones.

Hacia 1243, a la edad de dieciocho años, fracasaron los intentos de un proyecto familiar de matrimonio entre ella y el hijo del emperador Federico II, Conrado IV de Suecia; ella no quería consentir un matrimonio carnal porque había elegido a nuestro Señor Jesucristo como esposo eterno⁶. Isabel fue tan perseverante y persuadida de esta intención que ni siquiera fueron necesarias las presiones del Papa Inocencio IV para disuadirla de esta convicción que, en cierto modo, también tuvo profundos efectos en la historia política de Europa. Una enfermedad que le sobrevino a finales de 1243 afectó a su ya frágil salud, y probablemente esto facilitó a Isabel de convencer a su madre y familia sobre su deseo de llevar una vida célibe. Las descripciones hagiográficas fijan en esta enfermedad un cambio radical de vida hacia el exterior.⁷ A partir de ese momento, Isabel comenzó a dedicarse a una vida más humilde, menos suntuosa y enteramente anclada en la oración

⁵ INÉS DE HARCOURT, *Vida de la beata Isabel de Francia*, n. 2.

⁶ Cf. *Vida de la beata Isabel de Francia*, nn. 6-7.

⁷ Cf. *Vida de la beata Isabel de Francia*, n. 9.



Su existencia continuó en el palacio real, aunque de un modo poco habitual: fue una mujer de la Corte, que también se interesó y participó en los compromisos y proyectos de sus hermanos, hasta el punto de enviar caballeros a ultramar en apoyo de la cruzada de Luis IX, al igual que iba progresando en la vida espiritual expresó su realeza permaneciendo unida a “Cristo Rey desde la flor de la virginidad”⁸ y al mismo tiempo poniendo “en práctica las palabras del Evangelio”⁹ según los mismos rituales que caracterizaban tanto la vida religiosa femenina monástica como la del movimiento penitencial. Isabel, de hecho, no aceptó casarse, ni mucho menos convertirse en monja. Se dedicaba a la oración divina, se sometía a ayunos y abstinencias, cuidó de los enfermos visitándolos y preocupándose por la salvación de sus almas y alimentó a los pobres con sus propias manos¹⁰.

Perseveraba en el estado virginal careciendo de vínculos canónicos. Este carácter meramente informal de su condición fue mal visto por la Iglesia. Al día de hoy no hay indicios que afirmen que haya recibido el título de “virgen consagrada”; ante esta situación seguramente Inocencio IV, observándola tan convencida, cambió su opinión respecto a diez años atrás, cuando la exhortó a no despreciar el matrimonio, hasta el punto de que el 22 de julio de 1253 autorizó a la “imitadora de la pureza angélica”¹¹ vivir el “proyecto de la santa virginidad”¹², aconsejándola sin embargo a pronunciar un voto. Tres años más tarde, en 1256, Alejandro IV con la carta *Benedicta filia tu*, reconfirmó elogiando la elección de la virginidad de Isabel, “virgen real” junto a María “Reina de las vírgenes”¹³.

La lectura de una obra de Gilberto de Tournai, teólogo franciscano, impulsó a Isabel en 1254 a abrazar el propósito de vida del Asisiano, alejándose de la tradicional cercanía familiar a la Orden del Císter y siendo la primera en entablar relaciones con los Hermanos Menores, quienes, por su parte, los cultivó de buen grado porque representaban un vínculo con la Corte de los Capetos. Ese mismo año, Inocencio IV accedió a su petición de que los Hermanos Menores pudieran ser sus confesores, confirmando así el “giro” concreto hacia la piedad franciscana que había asumido.

En 1255, mientras Clara de Asís era canonizada, Isabel emprendió la fundación de un monasterio en la línea franciscana. Deseaba erigir un hospital para los pobres o construir una abadía para hermanas franciscanas, pero consultando a su confesor franciscano, maestro de teología en Notre-Dame de París, optó por la construcción de un monasterio, donde la caridad pudiera seguir ejerciéndose junto a la alabanza a Dios. Lo edificó en Longchamp, con el apoyo de la familia real, que participó en

⁸ ALBERT SUERBEER, *Historia de la traducción de San Edmundo*.

⁹ *Vida de la Beata Isabel de Francia*, n. 18.

¹⁰ *Vida de la Beata Isabel de Francia*, nn. 17-19.

¹¹ INOCENCIO IV, *Sanctae virginitatis propositum*,

¹² *Vida de la Beata Isabel de Francia*, n. 2.

¹³ ALEJANDRO IV, *Benedicta filia tu*.



la auspiciosa ceremonia en la que Luis IX colocó la primera piedra de lo que sería la primera fundación de otros monasterios y que tomó el nombre de *Monasterio de las Hermanas de la Orden de las Humildes Siervas de la Bienaventurada Virgen María Gloriosa*.

En realidad, la intención de Isabel no era sólo construir un nuevo monasterio, sino ayudar a crear una nueva regla lo que supondría la extensión en el tiempo y en el espacio de lo que se vivía en Longchamp. Con el apoyo de Alejandro IV, que en *Benedicta filia tua* le aseguró la bendición en sus deseos, y en diálogo con los frailes menores parisinos maestros en teología, entre ellos Buenaventura de Bagnoregio, entonces Ministro general, Guillermo de Melitón, Goffredo de Vierson y Eudes de Rigaud y otros, se preparó, con suficiente competencia, para la tarea de redactar el texto.

Su proyecto de vida no se basaba en el de la virgen Clara de Asís y difería sobre todo en la cuestión de la pobreza. En cambio, partía de la Regla de Inocencio IV de 1247 y era muy similar a la *forma vitae* para la Orden de San Damián de Gregorio IX, así mismo introducía muchos cambios, entre ellos el de la clausura perpetua. La redacción de esta Regla, su aprobación el 10 de febrero de 1259 por Alejandro IV, su revisión para acentuar el vínculo con la Orden franciscana y su identidad, su posterior aprobación por Urbano IV en 1263 y luego su difusión en varios monasterios de Francia, Inglaterra e Italia, nos hablan y revelan algo de la peculiar existencia de este pequeño y significativo fragmento de la rica y variada polifonía femenina franciscana.

Isabel habría deseado, junto con las hermanas de la abadía, que el título de la Orden fuera el de *Sorores Minores*, sin embargo la petición fue rechazada inicialmente por Alejandro IV para que no se las confundiera con los grupos penitenciales femeninos del siglo XIII que vivían sin regla y sin vínculos con la Orden. El resultado fue el compromiso de revisar la Regla de 1259 porque, para Isabel, el título de *Sorores Minores*, correspondiente al de *Fratrum Minorum*, centraba la identidad de la nueva fundación y su visión de la vida femenina franciscana. El título de *hermanas* contenía claramente una fuerte carga simbólica: era para Isabel una vuelta a los orígenes del movimiento, cuando hermanos y hermanas trabajaban probablemente codo a codo, y subrayaba una relación de igualdad espiritual. El título de *minores* resumía la idea de una identidad franciscana centrada en la humildad. Para Isabel, correspondía al más alto grado de pobreza de Francisco. No, por tanto, la pobreza como fin en sí mismo y material, sino la pobreza de espíritu, es decir, la opción de renunciar a la propia condición para identificarse con el grado más bajo de la escala social, a diferencia incluso de la propia condición de vida. Además, la propia dedicación del monasterio a la *Humildad de la Virgen* transmite el rasgo esencial de la espiritualidad de Isabel: la pobreza es tener un bajo sentido de sí mismo, admitiendo, para ello, la propiedad en común. En la Regla revisada, aprobada en 1263, la



sede pontificia dio su *placet*, añadiendo a *Sorores Minores* el título de *reclusae*, porque ésta era la única forma de vida religiosa aprobada para las mujeres.

Isabel vivió los últimos años de su vida cerca del monasterio. No fue hasta su muerte, el 23 de febrero de 1270, cuando sus restos mortales fueron depositados en la abadía. Aunque no hay fuentes que atestigüen que profesara antes de su muerte, la Orden siempre la veneró como Virgen de la Segunda Orden.

Una vida evangélica, humilde y mansa

Con la liturgia podemos afirmar que la Beata Isabel con su ejemplo nos fortalece, con sus enseñanzas nos enseña y con su intercesión nos protege. A ella nos encomendamos todos para recoger de su vida algunas indicaciones que puedan ayudarnos en nuestro camino personal y comunitario.

La vida de Isabel es una escuela de seguimiento evangélico tras las huellas del Maestro, que nos invita a aprender de Él *la mansedumbre y la humildad de corazón* (Mt 11,29). La custodia de su propia pequeñez, a pesar de su condición y ambiente de vida, fue el secreto que hizo que Isabel se abriera a la búsqueda de lo que verdaderamente valía la pena y forjara en ella todas las demás virtudes. La certeza de que no se bastaba a sí misma no tomó la forma de pasividad y debilidad de pensamiento, sino que se conjugó plenamente en ella con la apertura a la novedad y al compromiso; la dulzura y la nobleza de corazón no la hicieron acomodaticia ni doblegada a sus propios intereses. Isabel nos recuerda que es posible superar la principal preocupación que endurece el corazón humano, la de aparentar, la de demostrar, la de contener, la de defender, y que la herencia que dejan la humildad y la mansedumbre son las de la misericordia, la fraternidad y el ser portadores no de la propia luz, sino de la salvación que sólo viene de Dios.

En estos años, que se celebran varios centenarios franciscanos, su figura nos muestra que verdaderamente en san Francisco se hacen realidad las palabras de Jesús sobre aquellos que siguen sus huellas dan fruto y fruto que permanece (cf. Jn 15,16): Isabel se sitúa en la posteridad del Asisiano, y al mismo tiempo da origen a “cosas nuevas”, a una comunidad de mujeres y a un movimiento de personas que se expande más allá de las fronteras de Francia. En la esterilidad que caracteriza actualmente a la sociedad y a varios países, su creatividad, fiel y al mismo tiempo creativa, es un estímulo para que cada uno de nosotros colabore con el Espíritu Santo, que es Señor y dador de vida, para comprender y hacer nuestra su propia fecundidad.

A mediados del siglo XIII, los Hermanos Menores, especialmente los de París, se vieron envueltos en un creciente conflicto con el clero secular y, en ocasiones, en su afán por presentar el carisma franciscano, absolutizaron algunos aspectos de



este, especialmente la pobreza, convirtiéndola en objeto de una apología que llegó incluso a la retórica. Isabel, en cambio, se centró en la importancia de la minoridad, hasta el punto de que empeñó todas sus energías para que la comunidad que fundó estuviera dedicada a la humildad de María y sus miembros llevaran el nombre de hermanas menores. Esto no significó en modo alguno un alejamiento de la realidad, sino una sensibilidad aun mayor hacia los pobres, como lo muestra, por ejemplo, en el episodio de un gorro que confeccionó:

Hilando, había tejido un gorro con sus propias manos. El santo rey Luis, su hermano, se lo pidió y le rogó muy amablemente que se lo diera, diciendo que se lo pondría en la cabeza por la noche. Ella no quiso dárselo, como yo, sor Inés de Harcourt, que estaba presente, oí de su boca y con mis propios oídos. Ella respondió al rey y le dijo: "Propongo que sea entregado a Nuestro Señor, pues es el primero que he hilado". Él le suplicó y dijo: "Hermana, te ruego que hiles otro para que yo lo tenga". Ella respondió: "Lo haré con mucho gusto, si tejo otro más". Y envió en secreto este gorro a una mujer pobre que estaba postrada en cama a causa de su gran debilidad y a la que visitaba fielmente todos los días, con regalos de su mesa y platos especiales¹⁴.

Un pequeño episodio que podría parecer insignificante frente a los grandes problemas de la humanidad, sin embargo nos recuerda que las guerras, las injusticias, los desequilibrios sociales y demás no son más que frutos de estructuras de pecado. Si queremos que no sólo callen las armas, sino sobre todo que hable la concordia, son necesarias estructuras de paz compuestas por la concatenación de obras, palabras e intenciones semejantes a las realizadas por Isabel de Francia.

El afecto de Isabel era omnicomprendivo, dirigido no a una idea, ni siquiera de minoridad, sino a Aquel que se hizo último y pequeño por nosotros, el Señor Jesús, y esto implicaba, según el dictado bíblico, mente, corazón y fuerza; por eso, cuando redactó la Regla, consultó a varios teólogos, entre ellos a san Buenaventura. Se trata de una indicación precisa para superar muchas polarizaciones y unilateralidades, que van desde el racionalismo a la primacía de la emotividad, y optar, en cambio, por una formación integral e integrada que implica mente y corazón, fe y razón, pensamiento y vida.

¹⁴ *Vida de la Beata Isabel de Francia*, n. 20.



Que la viva memoria de su vida de mujer, que interpretó de un modo original la intuición de Francisco y Clara de Asís, nos siga inspirando en este tiempo en el que sigue siendo posible vivir el Evangelio del Señor.

Fraternalmente



Fr. Massimo Fusarelli OFM

Fr. Massimo Fusarelli OFM

Ministro general

Prot. 113911/MG-25-2025



ORDO FRATRUM
MINORUM

Curia Generalis

Via di S. Maria Mediatrice, 25

00165 Roma, Italia

www.ofm.org